

de, y que por resultado de una vida tan fatigosa, arrastra hoy la pena del ostracismo, cercada de tantas privaciones.

En cuanto a mi conducta privada, los mayores de mis hijos tienen ya la suficiente razón para juzgar de los principios que constituyen mi carácter personal, y el de la respetable madre con que el cielo los ha dotado. ¡Ojalá que ellos alcancen la ventura de un matrimonio tan constantemente feliz! Sin el apoyo moral de esta mujer incomparable que me ha asistido con sus consuelos en los momentos más críticos de la vida, mi constancia habría desfallecido bajo el peso de la injusticia de los hombres. Sin tampoco pretender crearme exento de errores, mi voluntad no ha tenido parte en los que haya cometido durante el curso de aquélla. Como ciudadano, en mis relaciones sociales, he satisfecho los deberes que impone el honor y la cortesía, hasta con las clases más humildes; y en ejercicio de los empleos públicos, he procurado siempre hacer todo el bien posible a mis semejantes, sin excluir a mis enemigos personales. Por recompensa he recibido en ambos casos, los más tristes desengaños; poquísimas son las excepciones que cuento a este respecto. El hombre en la desgracia vale poco para los corazones vulgares y egoístas. Yo he partido en la tierra extranjera el pan de las lágrimas con otros proscriptos más desprovistos de recursos. También he encontrado pechos generosos que han sabido valorar los acontecimientos políticos para no confundir las personas, y respetar el infortunio.

Cierro aquí esta exposición ofreciendo continuarla con las adiciones correspondientes en las épocas posteriores. ¡Ojalá que la primera pueda ser datada en la patria querida, objeto de tantos desvelos! El aspecto halagüeño con que se presentan los negocios para destruir la tiranía que la oprime, así lo promete. ¡Quiera el cielo apresurar ese momento!

Colonia, 31 de enero de 1840.

Ignacio Alvarez.

1a. ADICION

Con el corazón oprimido, voy a continuar todavía en la Colonia los acontecimientos políticos hasta fin de agosto (1840).

La tiranía del país vecino hácese cada día más insoportable. Por todas partes se ven los vestigios de su sangrienta política. Aquí llegan infinitas personas huyendo de los actos arbitrarios de encarce-

lamientos y aun ejecuciones clandestinas que allí se cometen del modo más bárbaro e inhumano, a la sombra de la autoridad por la sociedad denominada "Más horca" cuyo horrible título da a conocer bastantemente los fines de su institución.

El ejército libertador habiendo abierto su campaña desde la frontera de Corrientes sobre el Entre Ríos en el mejor pie de disciplina, moral y entusiasmo, venía en busca de la cooperación ofrecida por este Estado, mas ni un solo hombre se le ha facilitado al aproximarse a la costa del Uruguay. Es incomprensible la política que dirige al jefe supremo de él. Empero, sin su asistencia, ha arrollado a los esclavos de Rosas en todos los encuentros parciales y triunfado en Villaguay y Don Cristóbal, a pesar de su superioridad numérica encerrándolos en la fuerte posición que tenían preparada a la inmediación de la ciudad de La Bajada. En ella, y a la vista de la escuadra francesa, han recibido por Santa Fe refuerzos de tropas, artillería, municiones, vestuarios, etcétera, sin que haya tenido habilidad para estorbarlo; cuando en las anteriores guerras civiles "dos o tres" pequeños buques y algunos lanchones han servido de grande obstáculo. Hoy que los franceses cuentan con un formidable poder marítimo en las aguas del Paraná, nada pueden ejecutar, lo que con razón sorprende a todos...

El pronunciamiento oficial de las provincias de Salta, Tucumán, Rioja y Catamarca, que acabamos de recibir, contra el déspota de Buenos Aires, retirándole las facultades de entender en las relaciones extranjeras, armándose contra él, y concitando a las demás del interior, a seguir su ejemplo, es un acontecimiento de suma importancia para la causa de la civilización, en que están empeñados todos los hombres que no han prostituido su conciencia a las miras de aquel abominable tirano. Las festividades mayas tan fecundas en recuerdos gloriosos, han sido festejadas este año por los emigrados argentinos con las más lisonjeras esperanzas: iquiera el destino hacerlas efectivas! El ardor de la juventud porteña se manifiesta en el placer con que corre a alistarse en las filas del ejército libertador, reuniéndose en convoyes, más o menos numerosos que escoltan los buques de guerra franceses. Llevado de este patriótico entusiasmo, el mayor de mis hijos (Ignacio) ha querido ir a tomar parte, de un modo tan decisivo y exigente, que ninguna reflexión ha podido apartarlo de su voluntario y noble empeño; así que nuestros sacrificios y cuidados se han redoblado momentáneamente con el peligro en que están dos de los tres hijos varones que han crecido en

la común desventura de su familia. Sabemos por él mismo que ha elegido para servir en clase de simple voluntario el cuerpo en que es oficial su hermano menor (escuadrón Yerúa), lo que en algo nos consuela, pues que mutuamente se auxiliarán durante las penurias de la campaña.

En la precisión de adelantar estos apuntes tengo que armarme de fortaleza para consignar en ellos la desgracia que nos aqueja. *¡Eduardo no existe!* ¡destino cruel! Su alma pura y cándida ha sido restituida al Creador, y cual lozana flor, ha desaparecido de su vástago... dejando a su familia en el mayor pesar. El ha muerto como el hombre de honor al frente de sus soldados, y como el justo con la sonrisa en los labios. Su último suspiro ha sido recogido por su hermano...

Los pormenores de este triste suceso están comprendidos en la carta de Ignacio depositada en un paquete rotulado: *Recuerdos fúnebres de mi pobre Eduardo*. En él se encuentra además de la mención honorífica que han hecho por la prensa los escritores (en Montevideo) del joven mártir, sus amorosas y fatídicas cartas, las de condolencia de mis amigos, y un rizo de su cabello: ¡que su sangre inocente refluya sobre la cabeza de los opresores del suelo patrio, y que cuando el triunfo de la razón impere en él sus restos mortales sean devueltos a la tierra querida, objeto de todas sus ansias...!

Este tributo de gratitud lo llenará algún día su familia, si no lo hiciese antes la autoridad pública, como es de esperar, a cuyo efecto dejo redactado un proyecto de decreto en el mismo paquete, y en un apunte separado la designación del sitio en que reposa su cadáver (isla frente a Punta Gorda) que cuidadosamente depositaron con piadoso sentimiento, sus compañeros de armas, y el solícito amor de su hermano.

El origen de este penoso recuerdo parece haber sido la urgencia con que el general Lavalle tenía que vencer las fuerzas federales en el Entre Ríos para pasar a la campaña de Buenos Aires; empero, no compitiendo el número de su infantería y artillería parece haberse cometido un acto temerario en intentar forzar la posición formidable del enemigo. Ello es, que empezado el ataque el 15 de julio (día de su desconsolada madre), concluyó sin el éxito deseado, a pesar del denuedo y bravura con que se comportaron las legiones libertadoras. Esta batalla denominada del Sauce Grande, que tan cara nos cuesta, en nada ha influido para que el ejército, firme en su propósito de buscar al tirano en su misma guarida, emprendiese

el embarco de todas sus fuerzas, y material de guerra, protegido por los buques franceses, y en presencia de su adversario que nada hizo para impedirlo.

Cuando Rosas y sus satélites se entregaban a los regocijos en sus orgías para celebrar la derrota del ejército libertador en Entre Ríos, éste desembarcó súbitamente en la inmediación de San Pedro en los primeros días de agosto, y con una pequeña división que pudo montar, deshizo en un momento el cuerpo de observación mandado por el general Pacheco, que le dejó en aptitud de remontar el todo de su caballería e internarse hacia la capital asistido con la cooperación de todos los hacendados del tránsito que han demostrado en la generalidad sus comprimidos sentimientos de libertad. En carta de Ignacio después del desembarco, nos participa que por un compromiso de honor, ha tenido que ocupar el empleo de oficial de su malogrado hermano; lo que nos demuestra el mayor riesgo de su persona por ser el cuerpo en que sirve, el primero de vanguardia. ¡Que la fortuna nos mire con la compasión que la equidad exige!

A tan inesperada noticia, Rosas formó un campamento a las inmediaciones de la capital (Santos Lugares) atrincherándose en él con una formidable artillería de grueso calibre, mientras que el general Lavalle maniobraba en persecución de las fuerzas volantes enemigas que dispersó en todas direcciones; llegando a apostarse con su vanguardia a poca distancia del campo liberticida, buscando las simpatías con que brinda la nobleza de la causa que defiende. Por desgracia, éstas todavía no se manifiestan al punto que era de esperar contando con el apoyo de la fuerza material del ejército libertador. Si los franceses como se anuncia, por un golpe de mano se apoderasen de la ciudad que ha quedado casi desguarnecida y entregada a los sicarios del tirano que imponen espanto a sus oprimidos moradores, la cuestión cambiaría enteramente de aspecto, y el resultado sería pronto y decisivo en favor de la humanidad. Veremos si esto tiene efecto y más cuando se esperan por momentos grandes refuerzos de Francia con un nuevo almirante a su cabeza.

Suspendo aquí...

2a. ADICION

Vuelvo a continuar esta penosa tarea exclamando con el Petrarca: "Ahi! null altro che pianto al mondo dura! ". "¡Ah! ¡En el mundo sólo duran las lágrimas! ".